

Lectura del santo evangelio según san Juan (13,21-33.36-38):

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:

– «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.

Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:

– «Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús:

– «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote.

Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:

– «Lo que vas hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:

– «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:

“Donde yo voy, vosotros no podéis ir”»

Simón Pedro le dijo:

– «Señor, ¿a dónde vas?».

Jesús le respondió:

– «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:

– «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:

– «¿Con que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Palabra del Señor

HOMILÍA:

Perdón, en primer lugar, por atreverme a cumplir con este deber de la predicación de la Buena Noticia del Reino de los Cielos, de la que no soy digno.

El terror se adueña de los corazones ante la pandemia. Nos creíamos fuertes y notamos que necesitamos consuelo y ayuda, comprensión y esperanza. Pero no falsas. No las que se derivan del consuelo humano, tantas veces de compasión maravillosa de alguien que da la vida, pero tantas veces palabras y nada más. Aun así, consuela estar juntos en esto. Pero quien no tiene en propiedad su propia vida no puede darte la vida a ti. Por tanto, hay consuelos que necesitan de un Consuelo Mayor, el de la fe, el de la realidad, el de Dios.

Estos días las familias se deben amar más, porque la soledad de los condenados -y muchos lo debemos estar- se mitiga con el amor y se disipa con la alegría de los niños, con su consciente inconsciencia. Pero, como este virus amenaza la vida, debemos aprovechar mejor la vida, este tiempo. La fe en Dios es lo único que queda.

He visto la foto de un sacerdote que, en la cama del hospital, y a punto de morir, estaba alegre. Espero que sea verdad, que a mí también me pase cuando me toque. Porque, si a Jesús le invadió la angustia en Getsemaní, que a mí me pase lo mismo es señal de lucidez, no de desesperación. Pero quisiera que me consolara Aquel que ha conocido el sufrimiento real, la angustia y la muerte.

No es lo peor que en tu entierro no haya más que tres personas enmascaradas. Lo peor es lo que pasa en el Evangelio de hoy, que nadie se ponga en tu lugar, que estés solo con tu angustia. Y que tengas que recorrer el camino de la muerte. Con razón, dice la Palabra que la muerte es el rostro visible del Pecado. Es horrible.

Porque a Jesús no le consuela el falso examen de conciencia de sus discípulos, escandalizados y sospechando que pudieran ser ellos los traidores (“¿seré yo?”) porque, y esto es muy sabio, nadie se conoce lo bastante. Tampoco las fanfarronadas de Pedro, ignorante de su propia debilidad. Tampoco la curiosidad de Juan. A Jesús solo le podría consolar el arrepentimiento de Judas, y eso no se da. Judas es una roca, impávido, intocable, inconvertible, ignorante de su propio infierno. Solo le podría consolar la verdad.

Solo le consuela su Padre, con un ángel en Getsemaní., porque, como había dicho: “El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo siempre hago lo que le agrada” (Juan 8,29). Y, sin embargo, permite su muerte. “El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros ¿cómo no nos concederá también con El todas las cosas?” (Rom. 8,32).

Jesús sufre porque sufre lo que sufrimos los demás. Su angustia es vernos tan necios, tan ausentes, tan presuntos candidatos a la propia destrucción, tan inconscientes, tan capaces de despreciar su entrega. No deja de amarnos, nos ama tanto que tiene miedo por nosotros. Sólo quien es padre o madre comprende la angustia de Cristo. Quien ha renunciado a ser padre o madre ha renunciado a entender a Dios. Es un condenado. Perdóneme, Señor, por ser un mal padre. Porque, aunque soy sacerdote, mi vocación consiste en ser lo que me llaman, padre, es decir, no dejar de amar. Jesús sufre la soledad, la incompreensión, la cruz, en aquella noche en que da su cuerpo y sangre.

Pero la buena noticia es que no deja de amar, no deja de esperar del Padre el Espíritu. No deja de esperar que ese Espíritu transforme a sus discípulos. Siempre piensa en ellos.

Su alma, solitaria ante la muerte, conocedora de lo aterrador de la muerte, del abismo de estar sin Dios que es el pecado, y de su consecuencia, que es la muerte que va a sufrir Él, su alma, capaz de amar a los que le odian, de no olvidarlos, sufre, angustias inenarrables, angustias indecibles, aterradoras, del nivel de su propio amor.

Si hubiera alguien entre nosotros que amara, le entendería.

Porque es nuestra vocación, sufrir, amar.

R.P. Dr. César Buendía Romero
Rector